

UNIVERSIDAD CENTRAL DE CHILE.
FACULTAD DE ARQUITECTURA, URBANISMO Y PAISAJE.
CENTRO DE ESTUDIOS ARQUITECTÓNICOS URBANÍSTICOS Y DEL PAISAJE



Raposo. M. Alfonso.
De la Polis, del Plan y de la Antípolis
Revista Electrónica DU&P. Diseño Urbano y Paisaje Volumen III N°7.
Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y del Paisaje
Universidad Central de Chile.
Santiago, Chile. 2006

De la Polis, del Plan y de la Antípolis

ALFONSO RAPOSO M.
Marzo 2006

RESUMEN

La política, el "arte de vivir juntos" que Epimeteo trae a los hombres, los conduce a establecer la Polis, a pesar del antagonismo nomádico antiurbano y su espíritu de conquista. Surge así la ciudad y la ciudadanía,. El "capitalismo líquido" da vida hoy a un nuevo estado nomádico que alcanza ahora una ubicuidad sistémica global. En este contexto la conformación política del futuro de la Polis esta en riesgo. Es necesario superar el ocaso de las utopías y encontrar nuevas alternativas y positividad para vivir juntos. Se requiere un compromiso sostenido para recrear y fortalecer la institucionalidad tecno-social de la democracia. Esto implica reinventar la práctica e instrumentalidad del hacer planes y realizarlos. Los planes implican horizontes de esperanza y estos no surgen sin el poder de la utopía. Este a su vez solo nace con la apertura de la mente del actor.

ABSTRACT

Epimeteo's Politics, the "art of living together" leads men to the Polis settlement, in spite of the anti-urban nomadic antagonism and its conquere nature. So arise the city and citizenship, the "liquid capitalism" is the current origin of a new nomadic state that reaches a global systemic omnipresence. In this context the political configuration of tomorrow's Polis is in risk. It is necessary to overcome the decline of utopias and the discovery of new alternatives and positiv thinking "to live together". It is required a maintained commitment in order to recreate and strengthen tecno-social democracy. This involves practice and utility re-invention of plan making and carrying out. Plans means hopes views and these wont rise without the power of the utopia. This, in his turn, flows only with the the actor's mind expantion.

TEMARIO

1. Hacia la polis de ida y vuelta
2. Hacia un retorno del plan urbano

1. HACIA LA POLIS DE IDA Y VUELTA.

No sabemos cuales pueden haber sido las motivaciones de Prometeo para actuar como se relata en su mito, pero se le atribuye la de la compasión por la condición humana. La desmedrada y vulnerable presencia del “desnudo” homo erectus en la implacable biósfera planetaria habría llevado a Prometeo a robar desde el Olimpo el flamígero e iluminador don de la int-eligencia y darla a estos primeros hombres. El “mono desnudo”¹ pudo desde entonces desarrollar un “segundo repertorio de acciones” con el cual recubrió sus frágiles y primarias dotaciones instintivas. Entendemos que esta condición técnica es la que pone la vida humana en un plano distintivo en el contexto de la biósfera. Según nos lo tiene dicho Ortega y Gasset en su “meditación de la técnica”², la capacidad humana de intervenir técnicamente su estar en el mundo lo saca del estrecho cerco de lo necesario radical con que se estructura la zoosfera y lo sitúa en la ruta esencialmente humana de búsqueda de lo “superfluo”. El hombre puede así rescatarse de su mero estar en el mundo y encaminarse en la posibilidad de estar bien o mejor.

Así, desde la intervención prometeica, los hombres dispusieron de una mente capaz de relacionar sus emergentes propósitos y finalidades con los atributos discernibles de los elementos constitutivos del mundo físico, en cuanto medios de consecución. Roto el cascarón de la “atecna” en que se encontraban atrapadas las condiciones de la vida humana, se abrían nuevos horizontes en la posibilidad en estar en el mundo. Sólo hoy, cuando todo indica que en su afán de alcanzar esos horizontes la humanidad ha desembocado en una obstinada trayectoria tecnológica depredatoria que le permitirá precipitarse con certeza en un colapso planetario irreversible, podemos comprender la furia de los dioses del Olimpo y el cruel castigo que impusieron a Prometeo.

En un texto temprano del notable sociólogo mexicano Pablo González Casanova³ se invoca otro relato mitológico complementario. No obstante el naciente desarrollo de su dominio del orden natural, la sobrevivencia del hombre no se hallaba asegurada. Los hombres se encontraban grupuscularmente dispersos y desvinculados, desprovistos de significaciones que les permitieran superar su intemperie social y, en consecuencia difícilmente podrían sostenerse en la zoosfera confrontando la potencia estructural de las especies y fuerzas de la naturaleza. La ayuda viene esta vez de Epimeteo quien se percata compasivamente de esta encrucijada del destino humano y roba del Olimpo otro ardiente tesoro divino para dárselo a los hombres. Se trata del “arte de vivir juntos”. Gracias a está intervención epimeteica, los hombres pudieron iniciar los aprendizajes necesarios para conformar grandes congeries humanas y fortalecer así sus posibilidades de sobrevivir en el indomeñado mundo de los albores de la historia. No sabemos lo que tenía “in mente” Epimeteo, pero evidentemente, al igual que Prometeo, tampoco midió las consecuencias de su compasivo impulso. Los hombres descubrieron muy rápidamente que la inteligencia no sólo permite multiplicar los campos, horizontes y formas de dominio sobre la naturaleza, sino construir también

¹ Desmond Morris. “**El mono desnudo**” Plaza & Jane Editores S. A. Barcelona, 1992

² Ortega y Gasset “**Meditación de la técnica**” Alianza Editorial, Madrid, 1967.

³ Pablo González Casanova “**Estudio de la técnica social**” Universidad Nacional Autónoma de México, 1958.

diversas, profundas, complejas y renovadas estructuras de dominación para penetrar al interior de las propias congeries humanas habilitadas por la mediación de Epimeteo. Desde dentro del “homo sapiens” con su recientemente adquirida propensión por ejercer un creciente dominio de la naturaleza surgió un “homo politicus” inesperadamente poseído por la pasión de expandir su dominio sobre el conjunto de los otros hombres y revelarse como el “homo hominis lupus”.

Las consecuencias de este desdoblamiento constituyen la terrible historia de la humanidad y conforman el desolador paisaje que hoy está frente a nuestros ojos. Pero no se trata sólo de la intensidad y magnitud de la depredación ambiental y social perpetrada durante el transcurso del siglo XX o de la inhumanidad acumulada durante el tiempo histórico en que se ha conformado lo que Arnold Toynbee⁴, con “apocalíptico pesimismo”, identifica como la Civilización Occidental. Por cierto, no era esa la idea, Ni Prometeo ni Epimeteo quisieron que las cosas se fueran por la ruta que tomaron. Las cosas salieron mal desde el comienzo. La utopía epimeteica que ponía a los hombres en condiciones de vivir juntos, suponía la constitución de una polis asentada en una suerte de iusnaturalismo de moral y de justicia y de una praxis política correlativa, de la que participarían por igual todos los hombres.

González Casanova llama aquí a comparecer a Protágoras, un personaje del diálogo platónico que confronta el razonamiento de Sócrates⁵. El argumento socrático sobre la naturaleza de la polis participa de la utopía epimeteica, el sentido de la moral y la justicia es inherente a la condición humana, son constitutivos del arte de ser hombre, son inherentes al propio vivir humano. Para el sofista Protágoras, el asunto es más complejo, el hombre tiene que realizar el aprendizaje siempre inacabado de ser moral y justo, o más activamente: debe cultivarlo y enseñarlo. Pero también está el desvío, el aprender a fingir serlo o a construir su falsa conciencia, las auto-convicciones individuales y colectivas que ocultan este fingimiento, por tanto, la política no pertenece al orden natural de las cosas sino al orden construido de las cosas, es decir, pertenece al orden técnico.

Este antiguo tema por el que se confrontan Protágoras y Sócrates no está hoy zanjado, sino que continúa estando en tabla en la filosofía y en las ciencias sociales. Notable es en este respecto la filiación socrática del pensamiento habermasiano. Nos dice al respecto Demetrius Teigas:

“Para él (Habermas) la ética del discurso es básicamente una ciencia reconstructiva que, en términos antropológicos, considera que el agente humano está equipado con competencias morales y la moralidad es un dispositivo de seguridad para la vulnerabilidad del individuo en las formas socioculturales de vida.....Siguiendo la teoría de Lawrence Kohlberg del desarrollo de la conciencia moral, Habermas no sólo busca la confirmación de la reconstrucción científica de las competencias morales de los individuos; también encara el (ambicioso) programa de desarrollo moral

⁴ Arnold Toynbee “ **Estudio de la Historia**” Compendio de D.C. Somerville. Quinta Edición, Madrid 1981.

⁵ Platón “**El protágoras**”. Editorial Humanitas, Barcelona 1983 (traducción de Juan Carlos García-Borrón)

filogenético de la especie... Las normas sociales son transformadas en posibilidades de regulación de las formas de vida y pueden aceptarse como válidas y refutarse como no válidas. Habermas abandona, pues, la idea de que las verdades morales son valores y las reintegra como conocimiento aprendido y competencias adquiridas en la evolución social de la especie". (pg 372) ⁶

En términos protagóricos, los ordenamientos que se establecen en la sociedad no son entonces del orden "natural" de la condición humana, sino resultado de técnicas de lo social. La tarea superior de la política sería, en consecuencia, la de concebir y recrear permanentemente las técnicas sociales que permitan realizar la utopía epimeteica. Esto implica disponer una permanente actitud vigilante y disposición activa para desmontar los procesos generadores de la dominación de unos hombres sobre otros. Es decir se requiere tenacidad y conciencia para sustentar la permanencia de una acción emancipadora.

A mediados del siglo pasado, González Casanova concluía que esa tarea era, entonces, la de profundizar y fortalecer la constitución y accionar de las democracias parlamentarias representativas, el aparato tecno-social más elaborado que la humanidad había logrado, hasta entonces, esbozar. La organización republicana de las relaciones capital - trabajo era entonces el asunto primordial de la Polis industrial modernizante.

En el marco de las convicciones culturales del mundo helénico los horizontes abiertos por Prometeo y Epimeteo para la humanidad podrían alcanzarse mejor cuando la polis se establecía bajo la forma de ciudad. La "Ciudad Estado" se constituyó en el mundo helénico como la más alta expresión del "arte de vivir juntos" y en consecuencia, los asuntos de la ciudad llegaron a constituir los aspectos centrales de la vida política. ¿Qué hacer por nuestra ciudad? Llegó a ser la pregunta organizadora de las respuestas constitutivas de las decisiones públicas en la "Ciudad Estado". El "arte de vivir juntos" se constituyó entonces en conjunción con un sentimiento y un pensamiento sobre el donde de la vida ciudadana - la ciudad y sus múltiples presencias edilicias. La atención y la intención derivaron así hacia las intervenciones para corregir las falencias heredadas del pasado, las directrices para realizar bien las tareas del presente y la prospección necesaria para prever y asegurar la dirección trascendente de las acciones futuras. Se instalan así las raíces de la planificación y del plan.

Pero estas convicciones sobre la ciudad no fueron universales. Así lo han constatado diversos historiadores, filólogos y arqueólogos. Por ejemplo, a mediados del siglo pasado, Stuart Piggott ⁷, profesor de arqueología de la Universidad de Edimburgo, nos advierte el error que representa "*concebir las antiguas culturas urbanas como un ideal anhelado por todos los hombres*". Desde los albores de la historia surge una antítesis

⁶ Ver en Payne, Michael (comp.) "**Diccionario de teoría crítica y estudios culturales**" Piados, 2002 (Blackwell Publishers Ltd 1996)

⁷ Stuart Piggott "El papel de la ciudad en las civilizaciones antiguas" En: Stuart Piggott y otros "**La metrópoli en la vida moderna**" Tomo I. Ediciones Infinito, Buenos Aires 1957.

nomádica frente a los afanes sedentarizadores, lo que se expresa en una violenta y sostenida confrontación entre filosofías de vida opuestas. En la misma década, la socióloga británica Ruth Glass ⁸ en su referencia a los sentimientos antiurbanos en la cultura anglosajona nos ofrece la siguiente cita :

“Profundo, en la mente de cada romano, así como en la mente de cada griego residía, la incuestionada convicción que Aristóteles presentó en palabras: que lo que elevaba al hombre por sobre el nivel de la barbarie (en la cual éste no era mas que un mero ser económico) y lo habilitaba para desarrollar sus altas facultades, (las que en la barbarie estaban tan sólo en latencia) y lo hacían vivir bien en vez de meramente vivir, era su pertenencia como miembro de una real ciudad física. El cuerpo humano y su existencia animal podían ser satisfechos por el campo; sus necesidades espirituales únicamente podían ser satisfechas por la ciudad. [...] Por el contrario...] Para las gentes del norte, la vida pública no necesitaba ciudades, sus elementos ya existen en el hogar de cada hombre y su forma superior cristalizaba en la figura organizada en torno a un árbol o una piedra donde los hombres se reúnen conjuntamente y en la corte de un rey que vive nomádicamente de villorrio en villorrio” (Colingwood and Myres, 1936)

Más recientemente, Deleuze y Guattari en su “Tratado de Nomadología” ⁹ nos presentan una resignificación de estas aseveraciones. Para los grandes pueblos nómades, las ciudades eran centros de poder cuya sola aparición representaba una fuente de amenazas de reterritorialización ejercida por la expansión del dominio político urbano sobre la vastedad de sus entornos ambientales, constituyendo así la desterritorialización del paisaje nomádico. Por ello, siempre, las hordas móviles se organizaron con espíritu de destrucción y conquista, como “máquinas de guerra” contra las presencias urbanas.

Deleuze y Guattari nos advierten que, no obstante las arrolladoras fuerzas sedentarizadoras de la urbanización en el mundo, con sus grandes nodos mundiales y vastas redes de interacción urbana que marcan y demarcan capilarmente los territorios, el espíritu del nomadismo radical persiste en la profundidad psíquica de la humanidad y se ha reconstituido encarnando un comportamiento sistémico de ubicuidad global, conforme al cual se organiza hoy el accionar del sistema capitalista.

La contracción imperial del tiempo y del espacio lograda por la ciencia y la tecnología ha creado también la posibilidad de movilidad, desterritorialización, conquista y depredación de un nomadismo total. El capitalismo, que por siglos necesitó de alianzas específicas con las urbes para engendrarse, nutrirse y crecer al amparo del Estado, cierne sobre estas ahora, en virtud de la integralidad de su desarraigo, la amenaza nomádica del completo abandono. De hecho las áreas metropolitanas se están

⁸ Ruth Glass “Anti-Urbanism”. En Murray Stewart Editor: “**The City. Problems of Planning**” Penguin Books Ltd, England, 1972

⁹ Gilles Deleuze y Felix Guattari “**Mil Mesetas**”. Editorial Pre-Textos. Valencia, 2000.

resquebrajando ya en grandes fragmentos que van quedando librados a su suerte. Edward Soja¹⁰ en su *Postmetrópolis* nos muestra algunos de estos grandes procesos de fragmentación y las disjunciones que generan, amenazando la integridad de la vida urbana. El capitalismo líquido puede fluir libremente hacia cualquier punto del planeta y redirigirse hacia las ciudades y naciones que mejor se “reinventen” para acrecentar su productividad y organizar el consumo.

Hasta donde podemos darnos cuenta, tales “reinenciones” están implicando la ruptura y el desprendimiento de todos los pactos anteriores con que se regulaban las relaciones capital-trabajo y que modulaban por tanto la producción del espacio. Tales serían las realidades del hoy en que debe desenvolverse el “arte de vivir juntos”.

Por cierto, cabe preguntarse, como lo hace Alain Touraine¹¹, si podremos realmente llegar a vivir juntos. En busca de respuestas, su mirada retorna hacia la Polis y nos anuncia más de lo que ya nos anunciaba González Casanova. La institucionalidad democrática debe renutrirse con el retorno del actor y de la acción colectiva: movilización social hacia la democracia participativa, compromiso con las instituciones democráticas, múltiples articulaciones de tejidos sociales comprometidos en la acción, micro-vinculaciones de resistencia y frente común asumiendo la creciente multiculturalidad y multiétnicidad de la vida urbana. Es la condición necesaria para la reestructuración y vigencia de nuevos pactos y también para el retorno de los planes conformadores de la Polis.

El problema es que el retorno del actor y de la acción emancipadora no ocurrirá sin restablecer una semiósfera propicia para una ecología de las ideas de cambio social. Estas sólo pueden desarrollarse bajo el impulso de la vectorialidad de las utopías propicias. Habría por tanto que regenerar la atrofiada disposición personal y cultural al impulso utópico, para así poder enraizar la posibilidad de una dinámica política colectiva.

2. HACIA UN RETORNO DEL PLAN URBANO.

Desde la aparición de la ciudad en la historia, la urbanística formó parte del accionar de la economía política de la sociedad y desde allí contribuyó no sólo a conformar las condiciones materiales de vida sino a prefigurar simbólicamente en el seno de la cultura, las vectorialidades utópicas dirigidas hacia el horizonte de aspiraciones concebido por el poder político y sus estructuras de dominación. Las vasta pluralidad de prácticas espaciales, de formas de concepción del espacio y de dimensiones de su representación han tenido un lugar de encuentro en el pensamiento urbanístico.

¹⁰ Edward Soja: “**Postmetropolis: Critical studies of cities and regions**”. Blackwell Publishers, Oxford 2000

¹¹ Alain Touraine : “**Podremos vivir juntos. La discusión pendiente: El destino del hombre en la aldea global**”. Fondo de Cultura Económica .1997

Según el filósofo francés Henry Lefebvre¹² ha habido en la historia de occidente algunos momentos en que ese encuentro ha sido feliz. Pareciera haber resultado particularmente convergente y armonioso en las ciudades del renacimiento europeo, lo que se expresó en la unidad orgánica de sus paisajes territoriales y edilicios urbanos y rurales. Pero no ha sido la norma.

En el mundo moderno, durante el desarrollo del capitalismo industrial, la urbanística será compelida a transformar su sensibilidad. Deberá abandonar sus anhelos prefiguradores de la integralidad del espacio. El impacto industrialista sobre las ciudades heredadas del renacimiento, alcanzó tan desastrosos efectos que el propio emprendimiento empresarial naciente debió constituir sus propias regulaciones tecno-sociales con respecto a la producción del espacio urbano y la organización de la fuerza de trabajo. No es, sin embargo el desmoronamiento de la integralidad el paisaje territorial, de la antigua unidad orgánica urbana renacentista, el suceso que preocupó a los dirigentes de ese tiempo, sino las economías de aglomeración que se cernían sobre el emprendimiento industrial y su rentabilidad. Se constituye así, en el seno de la ciudad y de la gobernabilidad del liberalismo, la doctrina y práctica de un Urbanismo expurgado de sus antiguas sensibilidades. Se le pide ahora desarrollar una instrumentalidad de Planificación Urbana circunscrita a coadyuvar en los procesos de reterritorialización generados por el ímpetu de la producción industrial y explosión del consumo urbano y debe ajustar su conducta a esta misión para ingresar y permanecer en los circuitos político-administrativos del Estado.

A lo largo de la historia moderna, estos dominios de acción no fueron menores. La urbanización asociada a la forja territorial de los vastos imperios coloniales, las sucesivas y gigantescas operaciones de reconstrucción de las post-guerras, más las sucesivas expansiones y remodelaciones del espacio geográfico urbano impulsadas por el Estado modernizador, constituyeron grandes universos de demanda para la ingerencia urbanística. De allí que nunca ésta abandonara sus propensiones utópicas. En el paisaje urbano de todas partes del mundo las sucesivas utopías de la urbanística moderna occidental han dejado sus huellas. Francoise Chay¹³ nos ha obsequiado posiblemente la mas completa panorámica, desde fines del siglo XIX hasta avanzado el siglo XX, de lo que fueron estos utopismos nacidos de la sostenida confrontación entre “el culturalismo” y el “progresismo”.

En el marco del “laisse faire” y el “laisse passer » de la ciudad liberal, los agentes económicos, para poder solazarse en la producción del espacio urbano continúan requiriendo de los servicios de la planificación. Henri Lefebvre¹⁴ denuncia como el Urbanismo, vestido del ropaje del saber científico y la racionalidad técnica, legitima y encubre las operaciones capitalistas de producción del espacio. Por cierto, no la quieren en primera fila asumiendo protagonismo, sino atrás, a prudente distancia, en la tarea de ordenar, “en la medida de lo posible”, lo que ha ido dejando tras si el desenfrenado emprendimiento inmobiliario privado y público asociado a la

¹² Henri Lefebvre: “**La production de l’espace**”, Anthropos, Paris 1974.

¹³ Francoise Choay: “**L’urbanisme. Utopies et Réalités. Une antologie**” Le Seuil, Paris 1979.

¹⁴ Henri Lefebvre: “**La Revolución Urbana**”, Alianza Editorial, Madrid 1972.

reorganización de la producción, distribución y consumo requeridos por el desarrollo capitalista mundial integrado. No obstante esta posición subalterna, cuando éste desenfreno ha desembocado en irremediables externalidades negativas que agreden hasta las propias bases de la expansión de la renta inmobiliaria, la planificación es llamada al frente para ser culpabilizada y severamente reconvenida. Curiosamente, la planificación urbana se siente culpable. En el fondo sigue viviendo su utopía. Continúa pensando que debe y puede anteceder a los hechos. No la satisface su trabajo ex - post. En el fondo no pierde la esperanza de poder desarrollar ordenamientos ex - ante y trazar elementos de racionalidad proyectados hacia el futuro de un proyecto de ciudad.

En el marco de nuestra realidad, en donde el capitalismo neoliberal pudo enraizarse con profundidad y certeza, el urbanismo llegó a estar virtualmente proscrito y la planificación urbana debió alinearse inapelablemente a la libre competencia e imaginar nuevas formas de relación con la iniciativa privada inmobiliaria. La entronización del mercado como fuerza configuradora, apagó los imaginarios y secó las fuentes de los planes de intervención orientados hacia el proyecto urbano. En nuestra actualidad, frente al voluntarismo hegemónico del capital, hasta el propio discurso de la factibilidad constituida desde el cálculo racional ha perdido prestigio. Muchas veces ni siquiera se necesita otro cálculo para desestimar los pronósticos indeseados por el emprendimiento.

Resulta curioso, sin embargo, como en los últimos años, pequeños brotes de utopismo bicentenario se asoman por entre las juntas del pavimento. Es como si el aparato político administrativo del Estado, por un lapso de excepción, se hubiera auto-otorgado permiso para ejercer una urbanística anticipatoria, con licencia para sobrepasar el acontecer generado por la libre competencia. Esto ha requerido el aporte de las ensoñaciones urbanísticas de las comunidades locales y la fuerza de las imágenes construidas mediante las técnicas sociales prospectivas del diseño urbano.

Por cierto, no se trata de un urbanismo orientado hacia las primigenias premisas republicanas del “arte de vivir juntos”. En el marco del sentimiento neoliberal esto del “arte de vivir juntos” no significa que debemos vivir revueltos caminando sobre plataformas de igualitarismo, pendientes de amar indiscriminadamente al prójimo como a uno mismo. Se trata de un arte más refinado: sostener las más profundas desigualdades del ingreso y oportunidades posibles, reunidas en el marco común de una gobernabilidad plausible con represión discreta y deseablemente responsable, asentada en mediaciones construidas, dotadas de sustentabilidad provisoria. En este sentido, y aunque ello ha sido insurgentemente denunciado como escandaloso, nuestra sociedad parece sentirse satisfecha de disponer de uno de los más eficientes y económicos aparatos tecno-sociales desarrollados para la consecución de este estado de cosas.

Lo que el “bicentenario”, en cuanto fuerza utópica, quiere añadir a este “logro”, es probar otro viejo mito urbanístico: el del poder del espacio público como fuerza estructuradora de la integridad de la Polis. Se trata de una práctica que ha operado secularmente: desde los antiguos centros ceremoniales teocráticos hasta las plazas de

la ciudadanía republicanas. La construcción de esa integridad ha sido concebida históricamente de múltiples formas. En los tiempos contemporáneos ha sido destacado el influjo del Urbanismo haussmaniano, en la modernidad estructuralista la prestigiosa concepción de Aldo Rossi¹⁵. Para Rossi, el espacio público es consubstancial con la arquitectura de la ciudad. Opera como una red estructural mnémica organizada desde la política como proyección utópica, en torno a la artísticidad de los hechos urbanos: las permanencias formales tipológicas del espacio de lugares edilicios y luego la articulación de estos fragmentos en el paisaje de la ciudad.

Hoy, el espacio público se concibe también como espacio mediador del encuentro y “empoderamiento” de las presencias ciudadanas, como campo para el desarrollo de la visibilidad de la institucionalidad pública y las virtudes cívicas, y como lugar de prácticas para la formación ampliada de capital social.¹⁶ En esta perspectiva: de lo que se trata es de configurar el “donde” de la presencia del actor y potenciar la recuperación de su protagonismo ciudadano. ¿Capital social para el cambio social, para la justicia social?

Santiago y su red urbana nacional necesita constituir tal “espacio público” de mediación para liderar en los ranking de “ciudades de clase mundial” y elevar así su disponibilidad para el capitalismo líquido. ¿Será esta una utopía de buena cepa, con genuina potencia vectorial para el desarrollo humano, en torno a la cual organizar planes? ¿Estarán interesados en nuestro desarrollo humano los agentes que comandan el capitalismo líquido?. ¿Será posible resolver la contradicción entre la economía política nacional y la economía política globalizada?

En el marco de escenarios que aprisionan la posibilidad del cambio social o de siquiera pensar en ello creativamente, la pregunta: ¿Qué hacer? no encuentra respuestas inmediatas. Quienes han intentado hacerse cargo de la pregunta han dirigido su mirada hacia el poder imposible de la utopía como llave de acceso a la disolución del escepticismo. Tal perspectiva es la que creemos advertir, por ejemplo en M. Hopenhayn¹⁷ en su tarea de repensar lo social e identificar las bases indispensables para el restablecimiento de una “planificación negociada”.

Luego de examinar en las atmósferas culturales de América del sur el desencanto provocado por el desplome del “arte de vivir juntos”, nos indica las posiciones que habría que evitar: “ni apocalípticos ni integrados”. Un retrazado de las rutas para transformar la economía política en procesos de mayor convergencia para el desarrollo humano requiere alejarse de las visiones negativistas, al par que resistir las fuerzas conducentes a la integración funcional que impulsa el capitalismo líquido. Para todo esto se requiere “el retorno del actor”. ¿Pero cómo hacer que retorne?. M. Hopenhayn nos indica que es necesario despertarlo de su insomnio y para ello, el medio más adecuado, pareciera ser el de recobrar la función crítica de la utopía como un medio

¹⁵ José Luque Valdivia: “**La Ciudad de la Arquitectura. Una relectura de Aldo Rossi**” Oikos-Tau. Barcelona 1996.

¹⁶ Olga Segovia M / Hernán Neira B. “Espacios Públicos Urbanos: Una Contribución a la identidad y confianza social y privada” En: **Revista INVI** N°55. Instituto de la Vivienda. Universidad de Chile, Santiago, Nov. 2005.

¹⁷ Martín Hopenhayn: “**Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina**” Fondo de Cultura Económica, Santiago 1994.

para crear nuevos horizontes de sentido con capacidad de trascender las precariedades y tensiones en que tendrán que originarse.

Esta consideración de la vectorialidad utópica como factor de cambio la encontramos también en los “espacios de esperanza” a que nos invita David Harvey¹⁸. Su preocupación se centra también en el “retorno del actor” como agente articulador de la acción colectiva movilizadora en la búsqueda y consecución de la libertad política y la justicia social. Su discurso profundiza en la preparación actitudinal para la acción. La práctica de un “ utopismo dialéctico” abriría la posibilidad de la mente de desprenderse de sus hábitos mentales para “*aprender a ser específicamente uno mismo en un mundo de otros*” y empezar a pensar posibles mundos alternativos. Pero esta práctica requiere a su vez ser ejercida con voluntad “insurgente” abriendo pasos simultáneos en la frontera que separa lo individual y lo colectivo. La mirada de D. Harvey reconoce y caracteriza los principales teatros de esta actividad insurgente.

A la insurgencia puede añadirse otras acciones. En su “elogio a la profanación” el filósofo italiano Giorgio Agamben¹⁹ invita a la práctica de profanar los dogmas sacralizados por el capitalismo como religión que percibiera en su época Walter Benjamin²⁰. Se trata de operaciones que posibilitan desinstalar las lógicas improfanables que estructuran los dispositivos de poder del capitalismo, liberando los espacios mentales que éste ha ido cerrando y restituyendo a la libertad humana lo que había estado siendo bloqueado en la conciencia ciudadana.

Esta voluntad de insurgencia la encontramos también en las “derivas” de la reflexión de Roberto Fernández²¹. Este autor reconoce la crisis de los principios de la “*ciudad pública, de la espacialidad colectiva, no privada y no lucrada*” y caracteriza los rasgos de lo que denomina “escenarios posurbanos”, frente a los cuales el arsenal instrumental de la urbanística modernizadora se encuentra obsoleto. Reconoce, no obstante, que en siglos de pensamientos, utopías y grandes experiencias de construcción de la ciudad se ha forjado una ética de responsabilidad por el desarrollo humano. La destilación de este proceso debe permitirnos extraer una axiología de elementos intransables que sería innoble deponer frente a las embestidas inmobiliarias del capitalismo líquido. Frente a éstas, la práctica del urbanismo debe ser ejercida descubriendo y especialmente reinventando los escenarios de relación entre Estado y sociedad reelaborando las cartografías de los nuevos frentes de intervención y teatros de operaciones.

Hay que configurar pactos con otros actores sociales y desarrollar nuevas estrategias y tácticas que escapen al control del sistema formal, en los espacios posibles: las zonas ciegas, los fragmentos olvidados, las fisuras e intersticios abandonados, es decir, en la vasta heterogeneidad del cuerpo de la ciudad. En el marco de estas estrategias, R,

¹⁸ David Harvey: “**Espacios de Esperanza**” Ediciones Akal, Madrid S. A. 2003 (Publicado originalmente por Edinburgh University Press 2000)

¹⁹ Giorgio Agamben: “Elogio de la profanación” . En : “**Profanaciones**” Editorial Alianza, Barcelona 2005.

²⁰ Walter Benjamin: “**El capitalismo como religión**” www.revistalote.com.ar/nro050/capitalismo.htm.

²¹ Roberto Fernández : “**Derivas. Arquitectura en la cultura de la post-urbanidad**” Centro de Publicaciones UNL, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina. 2001.

Fernández anota los elementos esenciales para una “teoría del proyecto-fragmento”, concebido como una acción básica de resistencia urbana, y reivindica la vigencia del “proyecto urbano” como instrumento de crítica frente a la ciudad forjada por la mano invisible.

En tonos y énfasis diversos y cursadas desde perspectivas distintas, las visiones reseñadas precedentemente conforman una invitación a participar de un mismo emprendimiento emancipador. Consideramos que se configura así una extensa región temática por explorar, que constituye el acceso al inmenso continente de tareas urbanísticas necesarias para reconformar las estructuras territoriales urbanas, en conformidad con un “arte de vivir juntos”.